CAPÍTULO VI.

Primeros trabajos del P. Gabriel en América.

Arribado el Siervo de Dios al Marañón, como á su tierra prometida, hubiera deseado penetrar sin dilación en las incultas selvas, y anunciar á los idólatras el santo Evangelio: pero ni estaba todavía dispuesto para tales trabajos, por ignorar la lengua de los salvajes, ni era tampoco aquel el campo, á que por entonces le destinaron los superiores; porque de los misioneros, que allí residían, parte recorrían el interior del país en busca de indios con el noble afan de repartirles en medio de los bosques, por donde andaban dispersos, el pan de la divina palabra, y con ella atraerlos á cristiana vida, y parte se consagraban casi exclusivamente á la cultura de los colonos europeos que, más ciegos que aquellos, no necesitaban menos del rocío de la gracia. Por lo general, componíase esta raza de gente allegadiza de todos los pueblos de Europa, gente sin temor de Dios, que habiendo abandonado su patria á caza de tesoros inciertos, con presentarse adornados con barniz de civilización, ocultaban almas tanto ó mucho más negras que las de los infelices indios idólatras. De ellos el que no estaba sumergido en el fango de vicios los más

vergonzosos, trataba por lo menos de enriquecerse por todos los medios justos é injustos, y eran muy contados los que mirasen con interés y empeño el grande é importantísimo negocio de la salvación eterna.

Dotado el P. Malagrida de superiores cualidades para la predicación, inflamado en ardentísimo celo de la gloria divina, fué destinado por la obediencia al cultivo de esta porción de la mística viña, juntamente con el P. Luis María Bucharelli, hermano del célebre P. Francisco María, que á 11 de Octubre de 1732 fué, por la fe, martirizado en el Tonkin. Bien pronto brilló la esplendente caridad de nuestro Héroe en medio de tan densas tinieblas. Su expedición para todos los ministerios y su infatigable amor al trabajo parecían multiplicarle para bien de las almas. La asistencia al confesonario, á enfermos, á moribundos, á cárceles, á hospitales, á consolar afligidos, á resolver casos, á responder á consultas, á instruir ignorantes, á componer paces, tareas eran en que sin cesar se ejercitaba, y que hubieran absorbido el tiempo de muchos obreros; pero su habilidad pronta para todo, su enemistad declarada al ócio, y sus casi continuas vigilias se lo daban muy cumplido, y le dejaban aun muchas horas para su amado retiro, en que gozar á solas de su Dios. Mas no bién había puesto en San Luis feliz remate á la primera de sus misiones apostólicas, en que hizo sensible demostración del fuego de caridad, que ardía en su alma, cuando fué nombrado predicador del

colegio de Para, población edificada unos cién años atrás en el lugar, donde, segun queda ya dicho, levantaron los primeros exploradores un castillo al pié de doscientas leguas distante de San Luis.

Sin demora dispúsose el Siervo de Dios para tan larga jornada. Tenía para ello que atravesar un país fragoso, cubierto de bosques casi intransitables, cruzado de numerosos rios y torrentes impetuosos, infestado de animales fieros y ocupado por salvajes más feroces que las bestias mismas. Pero el hombre de Dios, sediento de trabajos por el nombre de Jesús, y confiado en la divina Providencia, emprendió su camino con un bordón en la mano, y su saquillo á las espaldas, guardador de su breviario y de los ornamentos necesarios para el santo sacrificio de la misa. Nadie confió en Dios y salió confundido. Así el P. Malagrida, puesta toda su confianza en el cielo, se atrajo las divinas bendiciones, y, libre de todo riesgo, llegó prósperamente al término de su viaje en el promedio del año 1722.

Repuesto ya de las fatigas consiguientes á tan penosa expedición, ansioso de llevar adelante la tela de santas obras, entretegiendo unas buenas con otras mejores, avaro del tiempo, lo primero que hizo fué trazarse un plan de vida en armonía con las nuevas ocupaciones, á que le destinaba la obediencia. Sabía el P. Gabriel que el medio más eficaz para hacerse apto instrumento del apostolado no es solo el esplendor y atavío de dones naturales, por más que

cautiven y encanten, sino más bién la íntima unión con Dios, fundada en cuantiosos y aquilatados tesoros de divina gracia. A esto dirigía todos sus esfuerzos y suspiros; y por esto mismo todo el tiempo que le dejaban libre sus deberes y obras de misericordia, lo gastaba recogido en su aposento, dedicando parte á la oración, parte al estudio y en especial al de las lenguas del país para disponerse á la predicación de aquellas gentes.

Con el aroma de tantas virtudes, que por más que humildemente encubría, trascendían siempre, presto se cautivó la voluntad de todos. Los nuestros mismos acudían á su pobre aposento, unos á consultarle en los negocios más árduos y espinosos, otros á comunicarle su corazón como á padre y director de sus almas. Aquí, como en todas partes, asíduo en el confesonario, pronto siempre á correr al alivio y consuelo de los dolientes, dispuesto en todas ocasiones á dirigir al pueblo la divina palabra, hacíase todo á todos para ganarlos á todos para Jesucristo, y todos encontraban en su trato dulce paz y sólido provecho. Unos hallaban en él prudente resolución de sus dudas, otros acertado consejo en las empresas, este consuelo en sus fatigas, aquél seguridad en sus temores, todos alivio en sus duelos y pesares. A los pecadores daba aliento para romper sus cadenas, á los tibios fervor y diligencia para correr por lo más escabroso de las virtudes, y á los justos nuevos brios para trepar á la cumbre de la perfección cristiana.

Mas de entre todas sus ocupaciones religiosas ninguna como la educación de la juventud conmovía más vivamente sus entrañas de caridad. No pudiendo sufrir sin profunda pena que los inocentes jóvenes, y mayormente los alumnos del colegio, anduvieran los dias festivos vagando por las calles con peligro de menoscabar la pureza de sus almas, trató de reanimar una Congregación, años ántes establecida, á fin de que, reunidos en tales dias, no solo huyeran de semejantes riesgos, sino que también oyeran santas instrucciones, con que se alimentara su espíritu. Esta bellísima planta trasportada de Roma al suelo americano, y que en los colegios de Europa producía ya sazonados frutos, prosperó considerablemente en Para y señaladamente desde que confiaron su riego al P. Malagrida. ¡ Cuánto sentía no poder juntar á los jóvenes todos de aquellos contornos y formar con ellos generación nueva reformando así todas las colonias!

No perdonaba fatiga, ni sacrificio, que tendiera al bien de sus congregantes. Reunialos todos los dias prescritos, y con exhortaciones llenas de fuego y de unción, acomodadas á su capacidad, inflamaba sus tiernos corazones en amor y sólida devoción á la Reina de los cielos. Uno de los encargos, que más ahincadamente les hacía, era la fuga de cuanto pudiérales ajar la candorosa y delicada flor de la castidad, poniéndoles á menudo ante los ojos los ejemplos de S. Estanislao de Kostka y de S. Luis Gonzaga, y excitándoles á seguir las

huellas de estos preclaros modelos y patronos de la juventud. *Hijos mios*, les decía, *ya que sois semejantes en la edad á estos purísimos Santos, trabajad por parecérosles también en la virtud y candor angelical. ¿No eran ellos como vosotros de carne corruptible? ¿No adoraban por ventura al mismo Señor? ¿No venerais por Madre á la misma Santísima Vírgen, á quien ellos tanto amaron? Pues, ¿por qué no habeis de ser, á semejanza de ellos, obedientes, castos, aplicados, humildes, santos?*

¡Oh! Si los padres de los niños le hubieran secundado en sus apostólicos desvelos, qué pronto se habrían palpado felices consecuencias! Mas sumidos por desgracia en la materia y corrupción, descuidaban y áun menospreciaban la cultura del espíritu. Al remedio de esta cancerosa llaga se dirigían los caritativos afanes del P. Gabriel, confiando que por medio de la católica crianza de la juventud, grabando indeleblemente en los tiernos corazones las máximas eternas, publicando por los lábios de los niños inocentes las maravillas del Criador, llevaría la reforma al interior del hogar doméstico, y de aquí á los pueblos y ciudades.

Esta medicina, sin embargo, como harto lenta, no dejaba satisfecho su corazón. Había tocado, como con las manos, la asquerosa corrupción, que en aquellos lugares andaba á faz descubierta, y sentía su alma de vivo dolor herida y lloraba en la soledad de la oración la diabólica esclavitud del vicio, en que se revolvía la mayor parte de la gente adulta. ¡Infeli-

ces! ¡De qué les servían sus arcas repletas de tesoros, si eran estos para ellos cadenas de oro, con que el demonio los tenía tristemente aprisionados! Anhelando el Padre aplicar algun medicamento, ó por lo ménos atajar el mal en su carrera, concertóse con el P. Arnolfini, varón de sólidas virtudes, para dar una misión ruidosa y arrancar á tantos infortunados de las fauces del infierno.

Convenidos en el plan, ejecutáronlo sin tardanza. A imitación del apóstol de las Indias, S. Francisco Javier, recorría el celoso Padre toda la ciudad, invitando á son de campanilla y con sentidas saetas de desengaños, á que concurrieran los fieles á conseguir la divina misericordia. Atraido el pueblo por tal convite, así como por la novedad del espectáculo, acudía en tropel al templo para escuchar ansioso al nuevo enviado de Dios. Entonces el ardoroso misionero, aunque no hablaba todavía con facilidad, ni corrección, la lengua portuguesa, arrebatado de estro apostólico pintaba con tan vivos colores la gravedad del pecado, el inminente peligro, que corren los culpables de caer en las inextinguibles llamas del infierno, la terribilidad de aquel tremendo juicio, donde se descubrirán públicamente los secretos de las conciencias, que los llantos y lamentos de los oyentes ahogaban su voz y no resonaban en todo el concurso sino ayes lastimeros. Los efectos confirmaron la sinceridad de aquellas lágrimas. Despues del sermón hombres y mujeres, pobres y hacendados corrían á los piés del

ministro de Dios confesando con gran dolor sus pasadas culpas. Estas consoladoras escenas se repetían todos los dias, y, al cabo de los ocho de misión, el vecindario parecía haber cambiado completamente de semblante. Habían cesado las blasfemias, cerrádose las casas de juego y de perdición, reconciliádose enemistades, atajádose los escándalos, deshecho los fraudes, y reinando en todas partes la paz y el buen ejemplo, se recogían dulces frutos de contrición y de enmienda.

De Para salió el P. Malagrida á misionar por los lugares vecinos, obrando en todas partes los mismos cambios é iguales conversiones. Estos halagadores resultados, en vez de apagar, encendían más y más su insaciable sed del bien de las almas. Ni el hambre, ni el cansacio, ni los desprecios, ni obstáculo ninguno era bastante á menguar su ardor. No le espantaban los senderos, erizados de abrojos y espinas, interrumpidos por sombríos bosques, cortados por impetuosos rios; no le amedrentaban los rugidos de leones, ni los aullidos de panteras, ni los silbos de las serpientes: no le arredraban las calumnias y dicterios y amenazas de gente descreida; todo lo superaba por amor de Jesucristo.

Como hubiera llevado sus apostólicas escursiones hasta Costa, población misérrima, distante obra de cién leguas de Para, habiendo llegado sin otro viático que su confianza en Dios, no encontró, ni para sí, ni para su compañero, más albergue que una triste choza

abierta á todos los vientos, ni otra cama que el duro suelo, expuestos á las picaduras de mosquitos, alacranes y otras repugnantes sabandijas. Y para colmo de dicha segun Dios, ó de males conforme al mundo, juntarse debe á esto la miseria, á que se vieron reducidos. Escribía él mismo diciendo: *A duras penas encuentra mi compañero un mendrugo de pan mendigado de puerta en puerta. Por lo que á mí toca me paso dias enteros sin probar bocado.* Y entre tantas calamidades, recordando que su Señor, su capitán, su príncipe, su Dios nació pobre, vivió pobre, murió pobre y se preció de pobre, que si predicó fué pobreza y si buscó discípulos fueron los más pobres, vivían en su pobreza contentos, ansiando la salvación de aquellas almas, que costaron á Jesús la vida.

Gran fábula debe de ser aquella de que el amor es ciego, ó á lo más se entenderá del mundano, que ciega á sus cautivos; porque el divino es tan lince, que descubre las divinas trazas donde otros no ven sino casualidades, y reconoce finezas de cariño donde el siglo llora quebrantos. Así nuestros misioneros besaban gozosos las divinas manos, que les regalaban con astillas de su cruz, apercibiéndoles para pruebas sin comparación más duras, y dábanse por bien pagados con sacar un alma de la culpa. ¡Y quién podrá contar las muchas, que ponían en buen camino!

En habiendo vuelto de sus excursiones, volvía el P. Gabriel á sus ministerios domésticos. Empero, fomentar la virtud entre sus queridos congregantes, idear nuevos medios para conservar frescos los frutos de la misión, aplicarse con empeño creciente á la lengua de los indios, aunque eran estos afanes, que entretenían su actividad, no satisfacían las aspiraciones de su celo. Llenáronse estos á su placer, cuando habiendo aceptado el Señor benigno sus ruegos, le abrió la puerta de sus esperanzas con enviarle á evangelizar infieles.